

ELVIRA, TIA DE RAMIRO III.

MONJA, REGENTE DEL REINO.

Harto escasas noticias nos ofrece la historia de esta distinguida señora, cuyas altas virtudes y claro talento hicieron prorumpir á concienzudos historiadores en lisongeras frases de respeto y admiradora consideracion.

Poco mas de doce años habian transcurrido (y corria el de 955) desde que Sancho el GORDO ocupaba el trono de Leon, durante los cuales habia pacificado los disturbios que agitaban el Reino. Quedábale sin embargo un enemigo poderoso, el Conde Gonzalo Sanchez, que gobernaba á Lamego, Viseo y Coimbra; y como no pudiese vencerle pacíficamente, decidió el monarca salir á su encuentro. Mas apenas pasó el Miño, hallóse con los mensajeros del sublevado Conde, que en su nombre le ofrecieron homenaje y reconocimiento, pidiéndole la concesion de una entrevista. Fácilmente lo otorgó todo el Rey, sin presumir que la súplica de Gonzalo Sanchez ocultase un intento indigno de pechos castellanos. Verificóse la entrevista: mostróse el Conde agradecido, y para agasajar al Rey, le convidó á un banquete donde le ofreció una fruta envenenada, que comió el monarca sin el menor recelo.

Bien pronto dejáronse sentir los efectos de la mortífera ponzoña; y manifestando Sancho su deseo de ser conducido á Leon, murió al tercer dia de camino, en el monasterio de Castrelo, siéndo su cuerpo

luego conducido á la corte, y sepultado en la iglesia del Salvador, junto al de su hermano Ordoño.

La muerte del monarca dejaba expuesto el Reino á nuevos azares y discordias. Ramiro, el hijo y sucesor de Sancho, contaba cinco años de edad, y fácilmente se comprenden los disturbios y trastornos que debían agitar el Reino al ver la nobleza mal reprimida y el traidor Conde Gonzalo Sanchez, las riendas del Estado en las débiles manos de un niño.

No eran ciertamente las circunstancias por que atravesaba el Reino las mas favorables para una larga minoría; pero la Providencia que siempre vela por el amparo del débil, sacó á salvo de la borrasca que le amenazaba al leonesado, colocando al frente del gobierno durante la minoría de Ramiro, una esforzada señora, que supo conservar con esquisito tacto el delicado tesoro que el cielo le confiara.

Los peligros que habia de ocasionar al Estado la coronacion del tierno hijo de Sancho el Gordo, hizo pensar á los magnates y señores de la corte en encomendar á una persona, que, á su acrisolada virtud, reuniese la prudencia en el consejo y la energía en la decision.

La tia del jóven Ramiro, Doña Elvira, reunia estas raras dotes, y no tardó en tomar sobre sí el difícil cargo de la regencia, harto pesada para las débiles fuerzas de una muger.

Retirada vivia en el monasterio de San Salvador, única vida que cuadraba á su recto espíritu, á su virtud intachable y á su nunca desmentida piedad; y á pesar de su aversion á las vanidades mundanas, comprendiendo que la felicidad del Reino y de su sobrino lo exigia, no vaciló en dejar el claustro y abandonar su tranquila vida, trocándola por los azares del gobierno de un Reino tumultuoso y las contradicciones de una corte ambiciosa.

Dos novedades notables, dice á este propósito un distinguido historiador moderno <sup>1</sup>, ocurrieron en Leon á la muerte de Sancho el Gordo: fué la primera haber colocado la corona en las tiernas sienes

<sup>1</sup> La Fuente.

del niño Ramiro, habiendo sido hasta entonces la infancia causa frecuente ó pretesto especioso para no sentar en el trono de sus padres á tantos hijos de reyes: la segunda fué haber puesto al tierno monarca, que tomó el nombre de Ramiro III, bajo la tutela de su tia Elvira, religiosa en el monasterio de San Salvador, viéndose por primera vez una monja constituida en Regenta y gobernadora de un Reino.

La elevada y oportuna prudencia de esta señora unida á una digna y firme energía, cualidades que caracterizan las almas nacidas providencialmente para gobernar, fueron cada dia haciéndose mas notables, hasta el punto de que á pesar de las críticas circunstancias por que atravesaba el Reino, de las luchas que germinaban allende las fronteras, y no obstante las constantes intrigas de la corte, conservase la monja-regente el territorio de la monarquía, sin empobrecer con exacciones injustificadas el Reino, y manteniendo integro el legado que la Providencia le confiara, para entregarlo intacto á su sobrino Ramiro en el momento en que llegó á la mayor edad.

Después de cumplir con este deber sagrado, Elvira, para quien la vida del mundo habia sido una penosa y larga serie de pesados trabajos, volvió á retirarse al convento donde habia pronunciado los sagrados votos.

Sus consejos, sin embargo, estuvieron siempre dispuestos para ayudar á su sobrino en el pesado cargo que le imponia su investidura de Rey de Leon; y cuando este infortunado monarca comenzó á desoir sus desinteresadas exhortaciones, comenzó á encontrar siempre velado el tranquilo sol de la ventura.

Cuanto pudiéramos decir en elogio de esta respetable señora, se encuentra sintetizado en las siguientes palabras que transcribimos de un erudito historiador <sup>1</sup>: «La prudencia y piedad de la tia del Rey, Doña Elvira, mantuvieron sus provincias en tanta prosperidad, que juntándose en Leon los obispos y magnates, dieron inmensas gracias á Dios por los particulares beneficios que se experimentaban en el Reino, por

<sup>1</sup> Historia de la ciudad y corte de Leon: tom. I, pág. 214.

la acertada y discreta direccion de aquella gran señora, de la cual se dice en una escritura del año 974 que si era muger por el sexo, merecia por su santa vida é ilustres obras el nombre de varon.»

Hoy en vano busca el historiador el sepulcro donde reposan los restos de esta célebre española, y solo resta de la antigua iglesia de San Salvador de *Palaz de Rey*, en la plaza llamada del Conde de Luna en Leon, reducido templo de tres naves bajas en que todo arguye pobreza mas que antigüedad, modernamente renovado, allí donde Ramiro II, construyó un monasterio junto á su Real palacio para que Elvira consagrarse á Dios su virginidad, y desde donde la piadosa princesa rigió prudentemente el cetro de Ramiro III.

## RADHIYA y LOBNA.

### I.

Si las creencias como las opiniones políticas, suelen cegar de tal manera la clara razon de los hombres, que no les permiten ver en los que juzgan sus contrarios ni cualidad buena, ni accion que merezca alabanza, cuando atravesando los sucesos á través del tiempo, entran en el dominio de la justa y severa historia, son juzgados con imparcialidad los que fueron enemigos, y reciben sus acciones el vituperio ó la alabanza de que se hicieran dignas.

No es estraño que los cronistas é historiadores de los siglos en que España era teatro de una gigante lucha entre dos razas enemigas, apenas usen otro dictado que el de bárbaros para nombrar á los dominadores árabes; pero concluido aquel periodo de lucha, la historia se complace en consignar la ilustracion del pueblo que dió al imperio árabe-hispano califas como los Abderrahmanes I y III, y Alhakem II.

Comprendiendo los dos últimos que sin la unidad de miras y de accion es imposible el engrandecimiento de los Estados, se dedicaron á concluir con las guerras interiores, que venian destrozando desde su creacion el imperio islamita, y consiguiendo que recobrase aquella unidad rota hacia cerca de doscientos años, se dedicaron á proteger las artes, las ciencias y las letras, segura base de la prosperidad de las naciones.